



La casa que pudimos comprar es oscura y no tiene suficientes ventanas como para que se disipe el olor a mono que juntamos durante el día. Nada funciona como debiera con el agua a esta altura. La electricidad está cortada porque el transformador quedó sumergido tanto como la escuela, los muelles del fondo y la casa nueva. Eso nos dicen desde los botes, a los gritos

mientras pasan nuestros vecinos. Las olas que producen nos llegan más tarde que las burlas por nuestras decisiones de recién llegados. Hay que tener paciencia, ¿pero cuánta?

El “Chubasco” que habíamos conseguido usado en Chascomús y trajimos en un trailer prestado durante seis larguísimas horas por la ruta dos a sesenta kilómetros por hora duró menos que nuestras reservas de dulce de naranja. El fondo estaba picado y no resistió a la primera noche de sudestada. Debimos haber comprado uno

más parecido a los que veíamos por acá, pero eso lo entendimos a los golpes y tarde. Ese bote lagunero no sirve para una mierda, nos repitieron y ahora revuelvo esa frase por todo el paladar sin que se me salga de los dientes.

Prometimos no quejarnos y no lo puedo cumplir sin que la mandíbula se me quede agarrada, y mas tarde se convierte en dolor de cabeza.

En los árboles el viento muestra su ruido violento, mucho más que la semana pasada y las ramas caen desordenadas,

son muy oscuras y la luz todo el día es como en las tardes de invierno. Conseguimos algunos morrones, sólo verlos en la canasta me da nauseas, el olor fuerte apenas el cuchillo separa el tallo y las semillas, las nervaduras internas forman una especie de corazón con las aurículas y ventrículos incompletos. Pienso en la forma de mi corazón y cómo evitar que se transforme en este morrón verde y rojo.

Quemó la piel y el humo empeora mi mandibula, suma

Quemmo la piel y el humo
empeora mi mandibula, suma

verdes aún sobre todo lo que encuentran. Cajas, muebles, botellas, una pileta de plástico duro, boyas, tablas y animales muertos pasan delante de la única ventana de ida y de vuelta, ocho horas después con la bajante. Quedan atrapados con las cosas que siguen en pie y que el monte no reclama.

Tenemos un palo largo con un gancho en la punta y ayer pescamos una campera y una caja de madera que ahora se quema en la cocina de hierro negro. El calor no es suficiente pero mirar el fuego por la pequeña ventanita

abierta nos tranquiliza. No lo suficiente, pienso. Todo está húmedo, cada libro que saco de las cajas para termi-
nar de armar la biblioteca impre-
scindible parece que se va a
disolver en mi mano. ¿Y si todo
es así? Una ácido que actúa en
un tiempo que tampoco calcula-
mos, una solución marrón y
sedimentosa -que llamamos río-
pero que podría ser un tipo de
materia peor. Una sopa de lo que
dejamos atrás y no podemos
limpiar, una mancha de aceite
en la mitad de la panza.
Hoy no llueve pero las nubes

